

Definiciones, indefiniciones y pequeños saberes

EDUARDO L. MENÉNDEZ*

Pocas profesiones existen tan completamente academizadas como la antropología, tal vez con la excepción de la paleografía y del estudio de los líquenes.

CLIFFORD GEERTZ, 1988

Antropología social: un saber diferenciado o una disciplina autónoma

Intentaré discutir aquí dos procesos que en realidad constituyen aspectos complementarios de una misma problemática. En primer lugar comentaré la posibilidad de legitimar a la antropología social como ciencia diferenciada, y ulteriormente analizaré la supuesta crisis actual de nuestra disciplina.¹

El primer problema podría desglosarse en toda una serie de interrogantes: ¿Qué es la antropología social?² cuál es su legitimidad epistemológica y qué garantiza su diferenciación en cuanto disciplina autónoma; cuáles son sus problemas específicos; cuál es su aproximación teórico-metodológica particular; cuáles son los sujetos sociales supuestamente exclusivos de ella para su descripción y análisis? Y podrían extenderse, pero los consideramos suficientes para el desarrollo de nuestros objetivos.

Aun cuando en términos técnico-metodológicos no pueda establecerse con precisión la especificidad de la antropología social con respecto a la mayoría de los cuestionamientos propuestos -puesto que los sujetos, unidades, problemas, teorías, metodologías, etc. que le atañen no pueden diferenciarse de los de la

Sociología, de determinadas áreas de la geografía humana, de la psicología social, de la psiquiatría social, de la historia social (sobre todo en su variante de la denominada "historia oral"), etc.-,³ no puede negarse su existencia fáctica como disciplina. No sólo hay quienes nos asumimos antropólogos sociales, sino que hay departamentos docentes de antropología social, institutos de investigación dedicados a la antropología social, publicaciones especializadas en esta rama del conocimiento. Es decir, pese a la dificultad o imposibilidad de establecer criterios epistemológicos que avalen su diferenciación, la antropología social existe como institución y/o profesión.

Pero esta constatación no legitima, en términos epistemológicos, la existencia de una disciplina. Para nosotros la posibilidad de establecer su diferenciación y autonomía radica en toda una serie de procesos sociales e institucionales que condujeron a su emergencia y desarrollo.

Desde luego, no significa negar el proceso de constitución del conocimiento antropológico a partir de su propia producción. Lo que sostenemos es que tal producción no basta para legitimar su diferenciación, en tanto no puede ser escindida de la construcción del conjunto de disciplinas sociohistóricas que se establecieron y diferenciaron durante los siglos XIX y XX. Y este proceso, a su vez, resulta incomprensible si no es remitido al contexto histórico-social que lo sobredeterminó.

En este trabajo me limitaré a señalar en términos sumamente esquemáticos los siguientes puntos:

- a) La antropología social y todas las ramas principales de la antropología se constituyen a partir de

* Investigador del CIESAS.

una división del trabajo intelectual que remite por una parte a las sociedades "complejas", "civilizadas", "desarrolladas" respecto de las cuales se instituyó la sociología y en gran medida la historia. Por otra parte, remite a las sociedades "primitivas", "no complejas", "no desarrolladas" para las cuales se instituyó la antropología.

- b) Algunas sociedades particulares impulsan antropologías nacionales cuyas características se verifican en las problemáticas y teorías diferenciales desarrolladas por las mismas. No debe considerarse como un accidente el hecho de que la antropología alemana impulse sobre todo concepciones teóricas cíclicas, morfologías y fenomenológicas frente al funcionalismo y estructuralismo de las corrientes anglosajonas, y de que estas tendencias diferenciales se expresen *también* a través de las otras disciplinas sociológicas e históricas.
- c) El proceso de institucionalización y de profesionalización de la antropología condujo *necesariamente* no sólo a reforzar la identidad antropológica, sino a subrayar las diferenciaciones respecto de las otras disciplinas. La antropología, como cualquier otra actividad institucionalizada, está obligada a garantizar su reproducción, lo cual no necesariamente se complementa con la racionalidad científica para favorecer la convergencia entre disciplinas. Los antropólogos, tanto como "otros" profesionales, se vieron "obligados" institucionalmente a afirmar su diferenciación y no su semejanza con respecto a otras prácticas profesionales institucionalizadas.
- d) Tanto el desarrollo histórico-social global, como la dinámica interdisciplinaria condujeron en los hechos no sólo a la "desaparición" de los antiguos sujetos de investigación y a su reconversión en otro tipo de entidades, sino también al surgimiento de antropologías "nacionales" en los países periféricos que proponían una concepción y una relación diferentes en lo que toca a los sujetos. Además, esto tuvo lugar dentro de un juego interdisciplinario en el cual la sociología y la historia se apropiaron de los antiguos sujetos de la antropología social y los antropólogos se proyectaron sobre "sociedades complejas" y sobre sujetos de su propia sociedad. Esto supuso un intenso proceso de dispersión y difusión de teorías, técnicas y prácticas que persiste en la actualidad. (Menéndez 1968, 1970, 1975a y 1975b.)

Ahora bien, la dificultad para establecer dicha diferenciación y autonomía en términos epistemológicos no niega la existencia de algunos núcleos fuertes, tanto en aspectos teórico-metodológicos como del objeto de estudio, que han sido utilizados con

mayor frecuencia e intensidad por nuestra disciplina. La antropología social se ha caracterizado, en términos comparativos, por haber sido casi la única en sostener la pertinencia metodológica de un enfoque holístico; por una particular preocupación por las descripciones y análisis de tipo cualitativo; por utilizar más que ninguna otra disciplina sociohistórica una aproximación personalizada con larga estadía en campo por parte del investigador; por enfatizar que el analista debe ser el mismo que obtiene la información en forma directa; por haber sostenido la importancia y frecuentemente la mayor relevancia de la dimensión ideológico-cultural; por haber considerado la pertinencia metodológica de trabajar con unidades micro en el "entendimiento" de que las mismas expresan al nivel macro, etcétera.

Pero tales rasgos no implican suponer exclusividad alguna de esta disciplina en el uso de dichos instrumentos, conceptos y teorías. No obstante debe reconocerse que en términos comparativos ha habido una mayor incidencia de la antropología con respecto a tales características, hasta casi identificarse con alguna de las mismas. Este proceso ameritaría su descripción, pero dados los objetivos de este trabajo no me detendré en ello.

Mas, lo que importa destacar sobre cuanto nos ocupa es que para la diferenciación de la antropología social no existen criterios epistemológicos, sino énfasis diferenciales que, por lo demás, no sabemos hasta cuándo seguirán valiendo como límites.

Un balance que forzara la identidad diferencial revelaría tres características fuertes en que aún basaría su diferenciación la antropología social:

- a) La aproximación personalizada a los problemas y sujetos de investigación basada en una comparativamente larga y permanente relación en el campo del "otro".
- b) La negación a aceptar una división entre el investigador que obtiene información y el que la analiza (o interpreta). Es decir, negar la legitimidad de la antigua escisión etnógrafo-etnólogo o en versión sociológica entre "encuestador" y "sociólogo".
- c) El desarrollo de investigaciones sobre sujetos que constituyen "otros culturales".

De estas tres son más coherentemente reconocidas las dos primeras; la tercera constituye parte del inconsciente cultural de la antropología de los países centrales y sigue estando presente en el nivel profundo del discurso dominante en dicha antropología, incluso en las aproximaciones críticas.⁴ Ninguna de las características supone un corte de nivel epistemológico; la posibilidad de que lo constituyan no puede estar basada en la "tradición" disciplinaria,

ni en una especie de fe antropológica, sino que debe ser fundamentada.⁵

En algunos discursos a enfoques se considera, por otro lado, que la especificación de las disciplinas es un asunto poco relevante, y que la significativa es la definición (y/o invención) de problemas, y la discriminación de los instrumentos más adecuados para describirlos y analizarlos.

Personalmente estoy de acuerdo en la preponderancia de los problemas, pero esto no explica por qué razón se mantienen las diferencias y, más aun, por qué se incrementan los recursos institucionales que las promueven. Si las problemas definieran realmente la identidad de una disciplina o de un conjunto de disciplinas, hace tiempo que se tendrían que haber fundido varias de ellas o por la menos reorganizado. Sin embargo ocurre todo lo contrario. En el caso de México se han creado recientemente varios programas de posgrado en antropología social y en los próximos años posiblemente surgirán otros. Y se crean en nombre de la antropología social, y apelan a ella como disciplina.

Llegados a este punto y para ser más o menos coherentes con lo propuesto hasta ahora, nos centraremos en lo que produce la antropología social en cuanto institución que se reconoce y es reconocida como tal, y pasaremos por alto el hecho de que sus temas, problemas, sujetos. etc., sean también tratados por otras disciplinas.

Crisis actual o crisis permanente

El segundo problema a tratar en este artículo se refiere a la situación de crisis que se presume atraviesa la antropología social. Lo primero por dilucidar al respecto es a qué alude dicha situación de crisis. ¿Es una crisis de identidad y/o autonomía como la planteada al principio del trabajo; de su capacidad explicativa/interpretativa y/o de la validez de sus instrumentos; de su capacidad para incidir directa o indirectamente en los procesos de transformación de la sociedad; una crisis por la "desaparición" de sus sujetos/objetos de investigación; es una crisis que afectaría la producción de los países centrales o también la de los países latinoamericanos?

La enumeración anterior exige algunas explicaciones. Debe aclararse primero qué se entiende por crisis, si un proceso negativo, definitivo, cerrado, etc. En segundo lugar si la situación de crisis la pensamos exclusivamente para la antropología social o consideramos que ésta expresa a nivel particular la crisis que emerge en las sociedades donde opera dicha disciplina y sobre todo respecto de los modelos de sociedades posibles.

Personalmente entiendo las crisis como espacios/procesos de ruptura de las continuidades ideológico-teóricas dominantes; rupturas que posibilitarían el acceso a reflexiones y acciones que cambiarían el signo de las interrogantes y de las respuestas hasta entonces hegemónicas y cuya modificación no sólo se manifiesta como discurso académico, sino que emerge a través de las ideologías y prácticas de los conjuntos sociales. La crisis supondría un proceso que al cuestionar la continuidad posibilitaría su modificación. Pero, y la subrayo, sólo la posibilitaría, dado que el ejercicio de la transformación dependería de los sectores sociales que asumieran dicho proceso de transformación. Desde este enfoque considero a las crisis como potencialmente necesarias, ya que constituyen una posibilidad de revisar los antiguos interrogantes, así como nuevos problemas planteados desde otras perspectivas hasta entonces relegadas y/o negadas. Las crisis expresan no sólo el agotamiento de determinados modelos de vivir y de pensar la realidad social, sino situaciones en que puede emerger el cuestionamiento de lo sabido como conocimiento y saber institucionalizados, así como la posibilidad de su transformación y una crítica a su institucionalización en la "vida cotidiana" y en la vida académica y profesional, es decir, al continuo retorno de lo institucionalizado.

La diversificación de tales perspectivas no asegura, por otra parte, la modificación de "la vida", ya que éstas pueden ser rechazadas, apropiadas o institucionalizadas.⁶

No nos extenderemos más en esto, pues no intentamos analizar la crisis como metodología de conocimiento, sino asumir su existencia o no, y el significado que tiene para la situación actual de la antropología social.

Para contextualizar este análisis compararé en forma sumamente esquemática el periodo actual (década de los ochenta y primeros años de los noventa) con otros dos periodos en los cuales reconocemos situaciones de crisis a nivel de la sociedad global y de la antropología social en particular. El primero de dichos periodos tuvo lugar a fines de la década de 1920 y durante los años treinta, el segundo a mediados de los sesenta y principios de los setenta.

Para sendos periodos se dan por sobreentendidas las condiciones de la crisis con respecto a la sociedad, por ella sólo serán mencionadas.

No pretendo concluir -debo advertir- que la crisis en la sociedad global conduzca mecánicamente a situaciones de crisis en las disciplinas particulares, ni ignorar que los procesos académicos desarrollan crisis autónomas: Estamos tratando de observar aquellos momentos en que la crisis se expresa en estos dos niveles, en referencia a los modelos de

sociedad vigentes y posibles, en la medida en que nuestra disciplina se constituye en relación con la descripción y análisis, o si se prefiere con los modos de pensar los modelos de sociedad.

Crisis eran las de "antes"

Desde el punto de vista de la sociedad global, durante el primer periodo la crisis se manifiesta tanto a través de la situación económico-productiva como de la emergencia ideológica de los fascismos y del estalinismo como movimientos que se expresan no sólo en el poder de una cúpula burocrática, sino en las prácticas sociales y en las representaciones ideológicas de la sociedad civil. La complejidad y las contradicciones de este proceso se reflejan en la producción de conocimiento. Debe asumirse que gran parte de la reflexión antropológica de este periodo está referida a los grupos étnicos, pero pensada para las sociedades de los países "centrales".

En el caso de la antropología social la crisis tiene como síntoma particular el deterioro "final" de las concepciones evolucionistas y el descrédito de los modelos macrosociales; en la emergencia dominante de escuelas ahistóricas tanto de raíz funcionalista como fenomenológica; en el desarrollo de tendencias teóricas denominadas entonces "irracionalistas". Durante este lapso se constituyen nuevos problemas y si bien algunos de ellos no tuvieron continuidad, la mayoría se conformaron como núcleos fuertes de la identidad profesional de los antropólogos.

Una parte de estos conceptos y problemas ponen de manifiesto la articulación existente en dicho periodo entre la investigación antropológica y algunas de las problemáticas socioideológicas centrales de la sociedad global. En ese contexto no es casual que determinados problemas teóricos se constituyan en ejes de la reflexión antropológica. Así, la relación entre lo cultural y lo biológico, lo normal y lo patológico, el relativismo cultural, los procesos que luego fueron denominados "micropoderes", la importancia de lo ideológico-cultural como estructurante, etc., no constituían sólo temas antropológicos sino que eran núcleos ideológicos centrales respecto de los tipos de sociedades posibles.

Será esta producción antropológica la que, en función de una lucha teórico-ideológica generada contra las teorías étnico-racistas, propondrá a la *diferencia cultural* como uno de sus ejes práctico-teóricos. El relativismo e historicismo antropológicos, el énfasis en la racionalidad cultural, el extremo particularismo y el "empirismo" de gran parte de la producción antropológica deben ser referidos al reconocimiento de una diferencia cultural que pretendía no



sólo ser cuestionada teóricamente, sino eliminada biológicamente por el nazismo.⁷

Durante los treinta las influencias teóricas determinantes procederán de Durkheim, Freud y en un segundo nivel del historismo alemán. Los conceptos y/o palabras clave fueron *cultural, necesidad, ethos, personalidad, ritual, tema cultural, mito, comunidad, aculturación, socialización*. etc. El conjunto de las tendencias dominantes consideraron a la cultura (o sociedad) como una realidad objetiva que se expresa a través de sujetos hipersocializados (o endoculturalizados). Sólo la antropología social estadounidense intentó generar una teoría de la reproducción social que asignara al microgrupo y al sujeto un papel dinámico, pero en la práctica ello condujo al dominio de una concepción sicologista. Comparativamente debe subrayarse que en las otras tendencias no emergieron como entidades teóricas relevantes ni las prácticas ni los sujetos.

Como ya se indicó, aun cuando los antropólogos sociales en su mayoría investigaban "sociedades etnográficas", los nuevos problemas propuestos enfocan centralmente a las sociedades de pertenencia de los antropólogos y sus relaciones con las "sociedades etnográficas". Y esto no sólo en términos de antropología aplicada sino de teorización sobre la sociedad. Esta aproximación es válida tanto para la antropología estadounidense y británica como para la alemana, italiana y francesa.⁸

Durante este periodo la antropología social abandona casi definitivamente el término "primitivo" y comienza a reemplazarlo por otros referidos a características culturales y/o actividades productivas, y de los cuales los más extendidos y utilizados inicialmente fueron los de "folk", "grupo étnico" y "campesinado". Correlativamente, durante este lapso se inicia la aplicación de la antropología social al estudio de las sociedades complejas, así como al establecimiento de relaciones de determinación entre éstas y las entidades étnicas. Los trabajos de los Lynd, Warner, los Gardner, Klukhohn, el grupo británico de *Observación de masas*, Redfield, etc., constituyen la avanzada de un proceso caracterizado por su

discontinuidad, pero que se constituyó en este lapso, en gran medida por efecto de la crisis señalada.

Puede construirse un modelo teórico más allá de la diversidad de escuelas y tendencias teóricas antropológicas de este periodo opuesto a los modelos teóricos provenientes del biologismo, por una parte, y de la economía política marxista y no marxista, por la otra. El modelo antropológico, al igual que los otros modelos, constituirá una expresión ideológica además de teórica. Pese a las modificaciones ulteriores, este modelo "alternativo" seguirá vigente y constituirá uno de los factores propiciantes del "eterno retorno" de la antropología.

Durante los años treinta se estructura una antropología para la acción, a la que se dará el epíteto de aplicada y cuyo desarrollo inicial implicaba el uso de criterios similares a los que se pusieron en marcha en lo que se denominó investigación-acción. En este lapso la disciplina antropológica "anticipa" parte de los problemas y explicaciones que se desarrollarán en las décadas siguientes. Más aun, toda una serie de temáticas que algunas tendencias actuales consideran haber "reinventado" fueron parcialmente estructuradas en este periodo crítico. Por ejemplo, la negación en los hechos de una historia universal no sólo tendrá que ver con su relativismo pragmático, sino con el énfasis colocado en los "nuevos mundos encontrados". De ahí que la negación de la historia aparezca como parte de un modo de pensar común a otros campos de reflexión y acción dominantes en esos años. Pero la teoría antropológica no coloca su alternativa en las mitologías reemplazantes de la historia, sino que la refiere a la actualización de "cada mundo" particular. Y es en esta referencia particularizada que se fue configurando la importancia de lo *obvio* en la descripción y el análisis del "otro cultural". La práctica antropológica se propone así un estilo distinto de investigar que implica ya la consideración de la antropología "como modo de vida".

Quiero indicar que varias de las características de esta antropología se vinculaban a formas de pensar la realidad generadas también desde otros enfoques. El relativismo cultural, por tomar un solo concepto antropológico clave, no sólo cobra un notorio desarrollo debido a la lucha científica e ideológica generada con respecto a las propuestas fascistas, sino que dicho concepto expresa al mismo tiempo "la crisis de la idea de progreso" o "la desilusión respecto de la técnica", tan frecuentemente pensados fuera del mundo "marxista" o "liberal".

Un último punto a señalar es que el marxismo juega un papel muy secundario durante este periodo de crisis. Constituye una indudable referencia ideológica, pero no aparece incluido en el desarrollo teórico e institucional de la antropología social.

La crisis en el seno de la antropología supuso un fortalecimiento disciplinario en torno a determinados marcos teóricos, problemáticos e instrumentales, así como una mayor estructuración de su identidad no sólo académica sino profesional. La integridad de la antropología fue puesta a prueba en mayor medida que en el caso de las otras disciplinas histórico-sociales, dado que las determinaciones ejercidas desde la sociedad global refirieron directamente a uno de sus principales ejes problemáticos: las relaciones entre raza y cultura. La integridad de nuestra disciplina se conservó no sólo por su organización en torno a determinados marcos teóricos y por el reforzamiento del proceso de institucionalización, sino además porque asumió las propuestas de las antropologías estadounidense y británica que se convirtieron en hegemónicas a partir de este lapso.

Este proceso es en parte responsable de que la intencionalidad crítica de la antropología social no se manifestara a través de la impugnación económico-política, sino del cuestionamiento de las formas y estilos de vida generados por las sociedades "civilizadas".

La pérdida de la virginidad colonizadora: los años sesenta

Durante la década de los sesenta se manifiesta una situación de crisis socioideológica a nivel de los países centrales y de una parte de los periféricos, y al igual que en el lapso anterior dicha crisis se expresará no sólo por la producción científica, sino también mediante procesos sociales de masas. Las expresiones ideológicas de este periodo pueden ser referidas a los diferentes marxismos, incluidos los "anarco-marxismos" y los enfoques autogestionarios, pero también a tendencias y organizaciones populistas y "comunitaristas". El disparador de la crisis no será económico sino de signo ideológico-cultural e ideológico-político. y bajo tales premisas es importante subrayar el papel que desempeñó el marxismo como aglutinador contradictorio de propuestas notoriamente disímiles, incluso al interior de la producción antropológica.

Tampoco nos detendremos aquí a revisar la sociedad global; trataremos de profundizar en algunos aspectos de la producción antropológica. La influencia de esta nueva situación se observa en la recuperación de la historia, pero también de la "evolución" por una parte significativa de los enfoques antropológicos; se verifica en el reconocimiento frecuentemente culpabilizado de que la teoría y la práctica de la antropología se constituyeron por las relaciones del tipo colono/colonizado; explotador/explotado; hegemonía/subalternidad; etc.; se observa en la expansión de la antropología sobre nuevos sujetos sociales,

los primeros de los cuales serán los denominados "marginales urbanos", pero que luego incluirá a prácticamente cualquier clase, estrato, grupo o sub-grupo en términos sociales, económicos y/o étnicos. Este lapso se caracterizará por la utilización de la dimensión económica y económico-política con una intensidad que no guarda relación con el periodo de crisis anterior ni con la propia historia de la disciplina. Pero debe subrayarse que ello no supuso la desaparición de la dimensión socioideológica o si se prefiere cultural.

En este periodo surge como propuesta la "inevitable" desaparición de la antropología social, pero al mismo tiempo se genera la "explosión" de nuestra disciplina en especialidades. Lo primero expresa la situación de crisis ideológico-política al interior de la antropología social y lo segundo la fuerza determinante del proceso de su institucionalización.

En los sesenta pasan a primer plano las dudas hasta entonces subestimadas sobre la legitimidad científica e ideológica del instrumental técnico-teórico de la antropología. El antropólogo se interroga sobre la validez de su observación etnográfica, o si está irremediabilmente determinada por su situacionalidad. Una parte de la crítica antropológica asume que sus instrumentos están ideologizados desde su constitutividad y que dada la relación entre antropólogo/grupo étnico se genera un efecto de desconocimiento. El antropólogo conocería no tanto lo que "quiere" conocer, sino sobre todo lo "que se deja conocer". El empirismo antropológico es radicalmente cuestionado y se propone que la producción etnográfica representa una construcción teórica no asumida.

La antropología comienza a reconocer en forma problematizada que su objeto/sujeto de trabajo (estudio, investigación, experiencia) se ha transformado en colectivos pertenecientes a "sociedades complejas", los cuales en términos políticos reciben nombres genéricos como Tercer Mundo, periferia, países dependientes, sociedades subdesarrolladas, etc. Aparece una doble problemática metodológico-ideológica, la del antropólogo del país central respecto del "nuevo otro cultural" y la del antropólogo formado como tal en una sociedad considerada como "otro cultural" por la antropología y por la sociedad de los países hegemónicos: el antropólogo observa, y a su vez es objeto de observación, y esta mutua mirada no sólo supone la posibilidad de una relación más simétrica, sino también la expulsión del observador.

El pronóstico de la desaparición de la antropología y de la emergencia de una producción antropológica "nativa", la duda sobre la neutralidad teórica y política del antropólogo, la propuesta de que la etnografía generada tiene que ver más con el imaginario "occidental" que con la realidad profunda de los

grupos descritos, tiene como trasfondo los procesos de descolonización africano y asiático, pero que eclosionan a través de la guerra de Viet Nam. El problema teórico-ético de la investigación antropológica cobró en este lapso una radicalidad nunca antes observada al interior de la disciplina y colocó a la antropología en el lugar más cuestionado respecto del conjunto de las disciplinas sociales e históricas.⁹

Las propuestas críticas no sólo fueron discutidas y/o negadas; una parte de la producción antropológica asumió en la práctica su rol colonialista. E incluso algunos pusieron en duda la posibilidad de una antropología generada por antropólogos "nativos" a través de los cuales "hablara realmente" el "otro cultural". Concluyeron que si bien la situación no era ya la de colono / colonizado, una nueva asimetría distorsionaba la realidad, en la medida en que seguían estando en juego los poderes técnicos y económicos diferenciadores.

Durante los sesenta se va estructurando en forma no episódica la concepción de la antropología como estilo de vida, lo cual se articula con la fuerza de determinadas orientaciones "comunitaristas" y "étnicas", así como con la continuidad en la relevancia dada a lo cultural.¹⁰ La antropología social continuará proponiendo su enfoque holístico, y el énfasis en la totalidad redescubierto a nivel más o menos masivo en los sesenta encontrará que nuestra disciplina constituye prácticamente la única (no tendencia teórica) que siguió proponiendo dicha categoría como núcleo metodológico central.

A una antropología de "mundos diferentes encontrados" característica de los veinte y los treinta se agrega una antropología de "mundos en desaparición" o en modificación añorada, y esto desde dos perspectivas complementarias, la de experiencias culturales totales que se pierden definitivamente y la atribución de dicha pérdida a la expansión productivista de "Occidente".

Desde un punto de vista teórico el hecho más significativo es que el marxismo en sus diversas variantes adquiere por primera vez legitimación dentro de la antropología social, y conjuntamente con él son incluidos como partes del proceso a investigar los niveles macrosociales y en particular la dimensión económico-política. El "tradicional" énfasis antropológico en "la diferencia" se va a complementar con el énfasis marxista en la desigualdad socioeconómica. Si bien el desarrollo del marxismo en la antropología social supondrá la recuperación del freudo-marxismo y de las propuestas gramscianas, las dos tendencias dominantes fueron la económico-política y/o la "estructuralista".

Antes de continuar quisiera traer a colación un hecho que no por obvio debe ser omitido. El notable

desarrollo del marxismo en la antropología social de los países centrales debe ser relacionado con la crisis ideológica y teórica que opera a nivel de la sociedad global y de la particularidad antropológica, pero su irrupción no lo convirtió en tendencia hegemónica ni mucho menos, salvo tal vez en Francia y en menor grado en Italia. La mayor parte de la producción etnográfica y teórica publicada en las revistas especializadas se orientó hacia otras tendencias. No obstante, debe subrayarse que las concepciones marxistas se articularon momentáneamente con la "tradicional" crítica antropológica al productivismo y formas de vida de la sociedad dominante en comparación con las "sociedades etnográficas".

Relacionado estrechamente con esta convergencia está el cambio propuesto para la intervención antropológica; a una antropología aplicada de referencia colonialista se propone una práctica que debe tomar en cuenta la acción política. Esto comenzará a denominarse en algunos contextos como investigación-acción. El "descubrimiento" del saber como poder y de la institución como control fundamentan en parte dicha alternativa de acción.

Los conceptos clave utilizados en este tiempo fueron los de estructura, modo de producción, relación estructura/superestructura, ideología, cambio estructural, relación sujeto/estructura, símbolo, etc. Si bien la problemática del sujeto fue recuperada a nivel teórico por diversas tendencias, por otro lado siguió siendo liquidada en beneficio de la cultura o de la estructura. Los sujetos sociales pasaron a ser pensados en términos de clases sociales, de proletariado,

de campesinado (como clase), de nacionalidades, pero se reforzó la concepción de que es la sociedad lo constitutivo y de que el sujeto es a lo más un vehículo de la cultura o de la estructura.

No obstante, una parte significativa de la antropología social propondrá que los sujetos portadores de cultura (o de la estructura) constituyen sujetos sociales de la transformación. Así, el proletariado, el campesinado o los grupos étnicos son analizados en términos de agentes sociales activos del cambio, lo cual constituyó una modificación que no afectó sin embargo el lugar pasivo que la subjetividad guarda para el conjunto de las concepciones teóricas dominantes.

Esta crisis originó una situación de incomodidad ideológica, de desconfianza instrumental, de negación del saber, que fue controlada parcialmente por el proceso de institucionalización profesional. Pero este proceso que asegura en gran medida la reproducción social de la antropología no impidió la continuidad de un "malestar" disciplinario que dura hasta la actualidad.

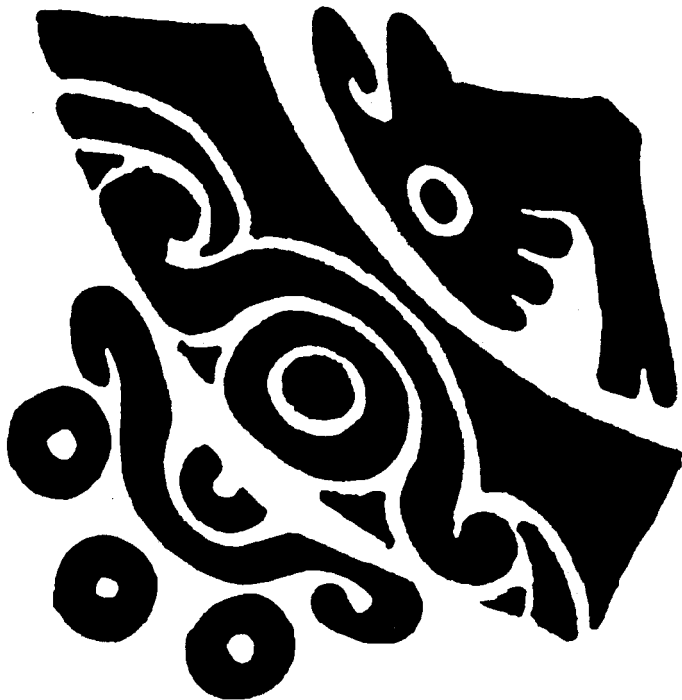
Mientras que en el primer periodo de crisis puede señalarse una ausencia comparativa de la antropología social producida en América Latina, esta situación se verá afectada de manera particular durante el segundo lapso. En México es donde este fenómeno se expresa con mayor claridad.¹¹

El cólera ¿es sólo una metáfora?

En la actualidad, ¿qué procesos en general, y en relación con la antropología social en particular, permitirían hablar de crisis en los términos propuestos?

En lo general, destacan la crisis de los sistemas denominados "socialistas", el rápido cambio de algunos de ellos hacia formas capitalistas y un proceso de reconstitución de sus estructuras burocráticas. Como consecuencia sustantiva asistimos a la quiebra ideológica de estos sistemas como referencias de una posible reorganización de la sociedad, y correlativamente al fortalecimiento de la hegemonía y dominación de los países capitalistas centrales sin propuestas críticas alternativas a nivel global.¹² Asistimos también a una explosión de las nacionalidades, etnicidades y religiosidades que en forma particularista pretenderían constituirse en opciones "societarias" específicas.

Tal como hicimos con respecto a los lapsos anteriores, no analizaremos la situación general, sino el estado de nuestra disciplina. Una primera mirada permite concluir que no hay nuevos sujetos, no hay nuevos conceptos, no hay casi nuevos problemas. La mayoría de los "nuevos" conceptos, por ejemplo, son tomados de la fenomenología, del existencialismo



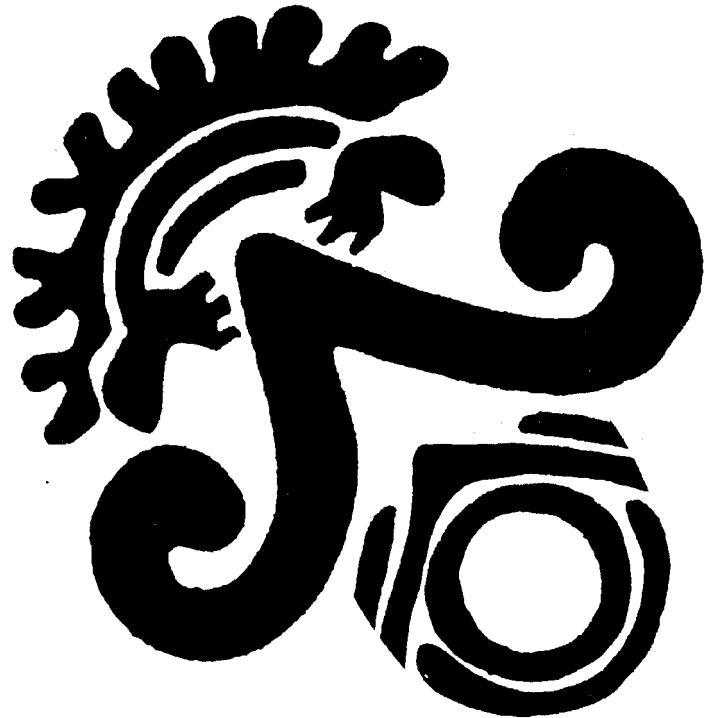
sartreano, de Gramsci, de Foucault, de Freud, etc. Tanto esta concepción como algunas aproximaciones teóricas venían siendo elaboradas dentro y fuera de la antropología y afectarían a la producción de conocimiento social general y no sólo antropológico.

Desde un punto de vista de "historia interna" se retorna en gran medida el "programa antropológico" de los años treinta que tuvo continuidad hasta los sesenta. La crítica a las teorías generales explicativas, la necesidad de producir enfoques sintéticos no dogmáticos, la concepción de que la "gran teoría" opera como un cierre a la explicación de las particularidades, el énfasis colocado en propuestas que observan la diferencia y no sólo la desigualdad, etc.,¹³ constituían parte de dicho "programa". Lo que ocurre ahora es que se constituye como reacción, pero no sólo como una reacción antimarxista sino también antidurkheimiana, antilévistrausiana e inclusive antiweberiana, en la medida en que emergen como cuestionamiento de todo sistema global al que consideran cerrado, no procesal, hiperestructural, normativo, etcétera.

En esta reacción operan algunas extrañas síntesis donde, por ejemplo, el sujeto es recuperado en nombre de la intencionalidad fenomenológica (los discípulos de Schultz), mientras que por otra parte aparece negado en nombre de la perspectiva foucaultiana, y viceversa. Pero ésta y otras discusiones, y ello debe subrayarse, venían desarrollándose fuera de la antropología social desde los treinta y en parte fueron recuperadas durante los sesenta.

Las "nuevas perspectivas" no sólo desconfían de los discursos cerrados, sino de los sistemas demasiado coherentes, dado que, se supone, dicha coherencia es más que nada una exigencia de un sistema teórico que al buscar su autovalidación clausura no sólo las diferencias y contradicciones sino sobre todo el papel de las prácticas, de lo "espontáneo", de lo no controlable o integrable en la norma, etc. Pero el desarrollo de las "nuevas perspectivas" es paradójico además de contradictorio, y así observamos que una de las aproximaciones más influyentes, constituida a través de una de las etnografías más sutiles de las prácticas -me refiero a la producida por Goffman- nos permite concluir por ejemplo que la "espontaneidad" no existe, sino que está microestructurada.

Ya hemos señalado previamente que toda una serie de concepciones "actuales" como la recuperación del relativismo, la crisis de la idea de progreso o la negación de la historia universal, al igual que determinados estilos de escritura, ya estaban desarrollados dentro y fuera de la antropología social a partir de la década de los treinta. Desde nuestro punto de vista una parte significativa del planteamiento actual ya había sido propuesta y desarrollada,



y los nuevos discursos no consiguen, hasta lo que puedo observar, convertirla en un nuevo problema, en cierta medida por desconocimiento del proceso histórico que la constituyó.¹⁴

Si hiciéramos un esfuerzo de síntesis encontraríamos que en la antropología social, pero también en el conjunto de disciplinas sociohistóricas, existen dos líneas que tratan de llevar adelante una suerte de "programa" teórico. Tenemos una vertiente a la que podemos denominar "teoría de las prácticas", que incluye en su aparato crítico la mayoría de los criterios ya expuestos y cuyos conceptos clave serían los de proceso, duración, estrategias, reproducción, carrera, transacciones, relación hegemonía/subalternidad, etc. La sociedad y/o la cultura son entendidas como estructuraciones provisionarias constituidas a través de prácticas sociales asimétricas en un proceso de transacciones constantes.

Junto a ésta tenemos otra línea a la que podemos denominar "teoría del discurso" y cuyos conceptos básicos son los de textualidad, descentramiento, conciencia fragmentada, contingencia, desconstrucción, desfamiliarización, discurso, etc. En forma mucho más militante que la línea anterior genera un enfrentamiento con la perspectiva "positivista" a la que opone la aproximación ("experiencia") antropológica no fragmentada, y pone un énfasis particular en toda una serie de cuestionamientos que dan

continuidad a las propuestas de los sesenta: descolonización de la antropología, la consideración del mundo como no homogéneo, crítica a la reificación del método antropológico, etcétera.

Mientras que la primera tendencia significa una continuidad en el desarrollo de la antropología social, la segunda se debe en gran medida a la apropiación de conceptos y marcos teóricos que son parte de la tradición antropológica, pero que en su mayoría son obtenidos de otras perspectivas disciplinarias.¹⁵ Además, si bien ambas líneas hacen referencia a lo macrosocial, a la necesidad de articulación micro/macro, al uso de la historia como proceso y no como estructura, etc., sobre todo la segunda tendencia sigue anclada casi exclusivamente en la dimensión cultural, reduciendo su análisis al universo de lo simbólico y con escasas referencias a las prácticas sociales. Tanto la historia como la economía política constituyen dimensiones poco utilizadas. En última instancia aparece desplegada la continuidad de un proceso que, iniciado en los veinte y treinta (apropiación de Durkheim, Freud, Mead (GH). Weber), conduciría necesariamente al desarrollo hegemónico de una antropología de lo simbólico y respecto de la cual el marxismo significó una suerte de interferencia despejada a fin de cuentas.

En ambas líneas uno de los procesos clave no resueltos y que constituye sin embargo uno de los núcleos duros de crítica a los antiguos sistemas teóricos "totalizantes" es el de la relación sujeto/estructura (o cultura). En ambas líneas el sujeto sigue apareciendo en forma dominante como un reproductor de la estructura; no obstante, en ambas existe una preocupación explícita por la subjetividad, que en un caso se expresa por el énfasis en las prácticas sociales, y en el otro en la preservación de la experiencia subjetiva antropológica frente a la fragmentación de la realidad (y de la experiencia antropológica) generada por la aplicación de concepciones positivistas.¹⁶

En sendas corrientes sigue vigente la preocupación por la diferencia, que en una de las tendencias se manifiesta a través de una suerte de "desesperación teórica" ante un mundo que se homogeneiza, y esto pese a la explosión creciente de las "nacionalidades" y de las "etnicidades".

El discurso y la práctica parecen no haber tomado demasiado en cuenta las amenazas ideológicas y epistemológicas constituidas por el avance continuo de las teorías biológicas sobre el campo de la subjetividad, la sociedad y la cultura. En el primer periodo de crisis analizado, la antropología había "liquidado" la cuestión biológica a través de la producción de un modelo explicativo según el cual el sujeto y las construcciones humanas sólo eran explicables por la

cultura. Esta concepción se convirtió en hegemónica y no sólo al interior de la antropología. Pero toda una serie de productos empíricos y teóricos desarrollados desde los cincuenta han ido, sobre todo durante la década de los ochenta, colocando cada vez más en duda dicha "solución antropológica". El notorio silencio de gran parte de la producción de nuestra disciplina expresa, a nuestro juicio, parte de su crisis teórica para enfrentar una de las principales amenazas a su modelo tradicional. Tanto la teoría de la práctica como la del discurso siguen desarrollando sus problemas, conceptos y teorías como si la ingeniería genética no existiera, como si el cólera fuera solamente una metáfora.¹⁷

Parte de este silencio puede ser explicado por el dominio de problemáticas que excluyen la necesidad de pensar la relación entre lo cultural y lo biológico en una forma distinta a la cristalizada a partir del periodo de 1920 a 1930. Pero otra parte del silencio debe ser referida al proceso de institucionalización de la antropología social. Las tendencias operan dentro de un proceso académico caracterizado por el continuo incremento de especialidades y subespecialidades;¹⁸ por la pérdida cada vez mayor de contacto entre los teóricos y lo que ocurre a nivel de investigación en los campos de especialización;¹⁹ a la entrada en crisis del enfoque holístico; al incremento del profesionalismo, la productividad y la determinación de la selección de problemas por el aparato académico-productivo. Tal vez uno de los procesos más importantes sea la expansión de la antropología social sobre todo campo y sujeto social posibles, más que nada a través de sus especialidades, las cuales tienden a duplicar diferencialmente a otras aproximaciones disciplinarias ya legitimadas. Este notable proceso de expansión afecta no sólo a la identidad antropológica, sino a su perfil diferencial cada vez más dependiente del efecto de institucionalización disciplinaria.

Un factor final que debe ser incluido en esta revisión es el que toca a las consecuencias de la crisis socioeconómica que afecta sostenidamente al Tercer Mundo, en la medida en que la antropología social de los países centrales se ejerció y se sigue ejerciendo fundamentalmente en dichos contextos. Lo cual implica -y esto tiene que ser recordado- que sus problemáticas, conceptos y teorías se construyeron y construyen a partir de dichas realidades.

Considero paradójico su efecto, sobre todo en comparación con lo ocurrido con parte de la producción antropológica generada en los países latinoamericanos. Una porción de la ironía, del "escapismo", de la "nueva retórica" son productos directo e indirecto del contacto con una situación de crisis, que a su vez ha dado lugar también al notable desarrollo

de diferentes concepciones marxistas en por lo menos algunas especialidades y subespecialidades de la antropología social.

Desde esta óptica cabe subrayar que la crisis socioeconómica e ideológica de los "socialismos reales" no implicó la convalidación social ni ética ni la negación del mantenimiento de condiciones estructurales y subjetivas negativas tanto en las sociedades capitalistas centrales como en las sociedades dependientes. Un sector significativo de la antropología social estadounidense ha asumido el marxismo y lo ha articulado con otras perspectivas teóricas para describir y analizar las consecuencias actuales de una crisis que alude conjuntamente a procesos económico-políticos y culturales (ver Baer, Singer y Johansen, 1986; Singer y Baer, 1989; Morgan, 1987; Scheper Hughes y Lock, 1986; Frankenberg, 1988; Morsy, 1988; J. Sinkind, 1988).

La revisión de las "crisis" deja ver la imposibilidad de sostener la diferenciación de la antropología social en términos epistemológicos; la convergencia e interacción disciplinaria es lo dominante, *por encima* de las fuerzas de institucionalización académica. Por otra parte, la actual situación de esta disciplina en

Notas

1 Este artículo está pensado desde el desarrollo general de la antropología social. En un trabajo futuro esta línea de análisis será aplicada a su situación en América Latina.

2 Nuestros comentarios no sólo se refieren a la antropología social, sino también a la antropología cultural, a la etnología, a la etnografía, etc., en la medida en que consideramos que estas "disciplinas" no son tales, sino tendencias o momentos en el desarrollo de la antropología. Debo indicar también que el problema de la legitimación debe ser referido no sólo a la antropología social, sino también a la arqueología, a la antropología física, a la etnohistoria, a la lingüística.

3 En una enumeración más exhaustiva deberían incluirse otras preguntas, algunas de las cuales nos conducirían a problemáticas de otro orden de interés. Así, por ejemplo, podrían incluirse interrogantes como los siguientes: ¿puede la antropología ser reducida al placer de un sujeto determinado por hacer antropología?, o ¿puede ser considerada como un modo más de ganarse la vida?

4 Según G. Balandier existen varias perspectivas teóricas para el análisis de la situación actual, pero la mayoría opera a partir de la sociedad de pertenencia y no permite el distanciamiento necesario: El verdadero camino es el que lleva a cabo la antropología, Única aportación de la inteligibilidad de los 'otros' grupos sociales y culturales, durante tanto tiempo ignorados o desconocidos, única preparación para una ponderación cognoscitiva que permita una comprensión a la vez desde dentro y fuera (Balandier, 1988 (1985):18).

5 No hemos podido desarrollar aquí esta afirmación por falta de espacio, pero debe recordarse que no sólo desde

los países centrales con producción antropológica significativa no es de crisis, según nuestro análisis, sino que, perdida la virginidad antropológica en los sesenta se instaló en la antropología social un nivel diferente de relación con su producción -y sobre todo con los sujetos/objetos de investigación-, que no permite la "tranquilidad teórica ni metodológica". En nuestro entender, tanto la quiebra de los "socialismos reales" como el nuevo nivel de conflictividad posibilitaron en algunos países el desarrollo de perspectivas más problematizadas y complejas teóricamente. Y ello operó positivamente dentro de una tradición disciplinaria preocupada por la etnografía y por las prácticas.

Este proceso se da, sin embargo, dentro de un contexto de especialización y fragmentación que puede conducir a una reorganización de los campos de interés, orientándose en función de problemáticas y no de los comportamientos disciplinarios, lo cual a su vez puede permitir encontrar un nuevo enfoque holístico a partir de las especializaciones. Pero ésta sólo es una posibilidad abierta, en permanente fricción con los ya establecidos procesos de institucionalización.²⁰

el lapso 1920-1930 existe un proceso de mutua influencia entre la antropología y las otras ciencias históricas y sociales, sino que determinadas tendencias teóricas de ambos espacios disciplinarios asumen como referencias centrales a los mismos autores. Durkheim es el principal referente de la sociología francesa y uno de los principales de la sociología estadounidense al mismo tiempo que es el autor más influyente en el desarrollo de la antropología francesa, pero también de la británica a partir de los años treinta. A su vez Talcott Parsons no sólo constituyó la referencia teórica más significativa del estructural-funcionalismo sociológico, sino que, por ejemplo, es la principal referencia teórica para uno de los antropólogos de moda, como es el caso de C. Geertz. No pueden entenderse los planteos de Mead, Kluchohn o Devereux sin referirse al psicoanálisis, pero tampoco son inteligibles teóricamente Boas, Kroeber, Lowie o Benedict sin tocar al historicismo o al morfologismo alemanes. Debe asumirse que autores como Durkheim, Weber, Marx, Malinowsky o Lévi-Strauss han influido sucesivamente tanto en antropólogos como en otros científicos sociales.

6 Nuestra propuesta de continuidad/discontinuidad del conocimiento en periodos de crisis no tiene que ver con las de Khun, a las cuales no reconocemos pertinencia, sobre todo para el análisis del desarrollo teórico en el campo de las ciencias sociales y antropológicas. Su "modelo" justamente tiende a excluir las "prácticas" ya cerrarse sobre lo institucional y "teórico".

7 Se ha vuelto a poner de moda la discusión sobre el nazismo de Heidegger, pero los antropólogos parecen querer olvidarse del fascismo declarado y asumido de numerosos

antropólogos alemanes, italianos, franceses, españoles, rumanos y latinoamericanos. Una parte significativa de la producción antropológica alemana e italiana se adhirió a las concepciones fascistas, como también lo hizo una parte de la élite científica en biología, física, medicina de dichos países. Como también se adhirió al estalinismo gran parte de la producción científica rusa. Pero lo que me interesa destacar es que la antropología además de adherirse constituyó un protagonista central, dado su papel como productor de materiales etnográfico-etnológicos y de explicaciones que sustentaban parcialmente a las concepciones fascistas. Esta situación particular colocó en crisis a nuestra disciplina, pero también a la arqueología, a la antropología física y a la lingüística, pues el conjunto de las ciencias antropológicas estuvieron complicadas en esta colaboración Ideológica.

8 Debe recordarse que varios de los temas de investigación centrales de la antropología italiana y sobre todo de la alemana se referían a problemas ideológicos y sociales básicos para la sociedad de pertenencia. La preocupación especial por ciertos aspectos de la mitología, de los grupos de edad (en particular de la juventud), de la dinámica del cambio social estaban estrechamente ligados a las modificaciones sociales y énfasis ideológicos operados en dichas sociedades bajo el dominio del fascismo.

9 No puede olvidarse que en esta polémica estuvieron complicados e Implicados en forma antagónica algunos de los principales antropólogos sociales estadounidenses que trabajaron sobre América Latina, en particular G. Foster, R. Adams, E. Wolf o R. Beals. La "desregulación ideológica" actual, así como la deshistorización del proceso cognoscitivo ha conducido a un extraño olvido de esta etapa crítica que afectó notoriamente a la antropología de los países hegemónicos, y en particular a la producción sobre Latinoamérica (ver Menéndez, 1970).

10 La importancia que en su momento cobró la "invención" de Castaneda sólo pudo darse por la articulación que operó entre determinada producción antropológica y determinadas necesidades de una parte de la sociedad global. En relación con esto, tampoco es un azar que "otro" novelista de éxito, como es el caso de I. Wallace, por la misma época publicara una obra donde la antropología, y sobre todo el antropólogo, expresan un determinado "estilo de vida".

11 Como ya señalé antes, en otro trabajo analizaré en particular la "crisis" de la antropología social en América Latina.

12 Existe una diferencia significativa en cuanto a la emergencia y consecuencias de la crisis con respecto a los lapsos anteriores. Mientras que en los dos primeros la crisis opera en y a partir de la situación dada en los países capitalistas centrales, en el tercero la crisis emerge y expresa las contradicciones económicas e ideológicas de los denominados "socialismos reales". Debe subrayarse que esta emergencia crítica ha relegado en términos no sólo teóricos sino éticos la profundización de la crisis económica e ideológica en los países capitalistas dependientes.

13 Una "abierto genealogía del saber antropológico" detectaría que gran parte del bagaje teórico de las líneas críticas dominantes en la actualidad remiten no sólo a

determinadas propuestas de Durkheim, Mauss o Weber sino sobre todo a determinadas propuestas de la antropología cultural norteamericana. Una relectura de Sapir, Redfield. Linton, Kluchohn o Mead permitiría observar esto que, por otra parte, debe estar no conscientemente integrado en la producción de dichas corrientes críticas.

14 Los planteos historicistas desarrollados desde fines del siglo XIX condujeron a que toda una serie de autores en el lapso 1920-1930 propusieran el advenimiento de una "conciencia histórica", pero en la práctica dicha posibilidad fue casi disuelta por el triunfo de las diferentes mitologías.

15 Debe indicarse que pese a esta apropiación, "el" antropólogo se convirtió en un interlocutor comparativamente privilegiado. Esto ocurrió en nuestro entender por tres factores: la puesta a prueba de la teoría de "los otros"; la verificación existencial en la "larga duración" del trabajo de campo y la desconfianza metodológica a los sistemas teóricos cerrados, pese al interregno estructuralista.

16 Ya hemos señalado en otros trabajos que pese a la preocupación por el sujeto, a partir de la década de los setenta se configura una tendencia que cuestiona la concepción del sujeto social como transformador radical, y lo reduce a un portador de cultura que trata de sobrevivir. La teoría de la plasticidad del hombre culturalmente constituido alcanza con el concepto de estrategia y de otros similares una de las mismas expresiones de la ideología antropológica.

17 Ver, por ejemplo, la polémica generada por la interpretación de la expansión del Sida a partir de concepciones raciales (J. Rushton y A. Beart. 1989; J.P. Ruston, 1990; Ch. Leslie. 1990; C. Owen, 1990; P. McEwan, 1990). Las concepciones biológicas y / o racistas han venido avanzando sostenidamente en los últimos años y así puede observarse que no sólo el Sida, sino el alcoholismo, determinadas enfermedades mentales, determinadas "patologías sociales" vuelven a ser explicadas por la constitución biológica no sólo de los sujetos sino de los grupos étnicos y sociales.

18 El desarrollo del proceso de especialización y de subespecialización en la antropología social sobre todo en Estados Unidos está afectando de hecho no sólo la concepción holística sino al proceso de comunicación científica entre antropólogos. Así, por ejemplo, el debate en torno a la antropología clínica además de importar relativamente poco a otros campos de especialización, es difícil que sea entendido por aquellos que no están especializados en el campo de la antropología médica (ver Baer, 1990; McLean. 1990; Morgan, 1990; Press, 1990; Chrisman y Marezki, 1982).

19 Debe quedar lo suficientemente claro que el proceso de expansión antropológica se genera a partir de la apropiación de nuevos temas/problemas, sobre todo a través de las especialidades, pero teniendo como trasfondo la matriz institucional que estructuró nuestra disciplina. Esta situación también se refleja en la actual producción teórica, así como en sus dificultades para "hablar" en nombre de "la" producción antropológica global y especializada. Es interesante observar, por ejemplo, que los especialistas en antropología política suelen hacer escasas referencias a la masa de investigación y de teorización

sobre el problema de los poderes y micropoderes al interior de las instituciones hospitalarias, en la relación institución/paciente, en la estructura de poder constituida por el sector salud. A su vez es fácil constatar que los especialistas en "cultura popular" no saben muy bien qué hacer con una de las expresiones más continuas y significativas de la "cultura popular", es decir, las construcciones y prácticas socioideológicas generadas con respecto al proceso salud/enfermedad/atención. En su teorización de

la cultura la no consideración de estas problemáticas o el modo en que teóricamente las integran evidencia su dominante concepción "culturalista" de la cultura. Pero en gran medida esta dificultad debe ser referida a la falta de práctica teórica en lo tocante a campos de especialización relativamente recientes.

20 La mayoría de los "ejemplos" manejados en el texto, en particular para el último lapso, se refieren a problemáticas estudiadas por la antropología médica.

Bibliografía

- BAER, H. "The possibilities and dilemmas of building bridges between critical medical anthropology and clinical anthropology: a discussion", en *SS&M* 30(9): 1011. 1990.
- BAER, H. *et al.* "Towards a critical medical anthropology". en *SS&M* 23(21):95, 1986 ..
- BALANDIER, G. *Modernidad y poder. El desvío antropológico*, Jucar Univ. Madrid, 1988(1985).
- CHRISMAN, N. y T. Marezki. *Clinical Applied Anthropology*, Reidel, Dordrecht, 1982.
- GEERTZ, C., *El antropólogo como autor*. Paidós, Barcelona. 1989 (1988).
- FRANKENGERG, R., "Sickness as cultural performance: drama, trajectory and pilgrimage root metaphors and the making social of disease", en *IJHS* 16(4):603, 1986.
- LESLIE, CH .. "Scientific racism: reflections on peer review. science and ideology". en *SS&M* 31(8):891. 1990.
- McEWAN, P., "Comments to Charles Leslie". en *SS&M* 31(8):991. 1990.
- McLEAN, A., "Contradictions in the social production of clinical knowledge: the case of schizophrenia". en *SS&M* 30(9):969. 1990.
- MENÉNDEZ, E.L., "Colonialismo y racismo: introducción al análisis de las teorías racistas en antropología", en *Indice, Rev. de Ciencias Sociales* 1(3):6, 1968.
- "Ideología. ciencia y práctica profesional", en A. *Touraine et al.* 1970:101. 1970.
- Premisas metodológicas para el análisis de la producción teórica en antropología*, Ms., 1975a.
- Los modelos vigentes en la producción teórica de las Ciencias Antropológicas en América Latina*. Ms. 1975b.
- MORGAN, L.. "Dependency theory in the political economy of health: an anthropological critique", en *Med. Anthropol.* 1: 131. 1987.
- MORGAN, L. "The medicalization of anthropology: a critical perspective on the critical-clinical debate". en *SS&M* 30(9):945. 1988.
- MORSY, S .. "Islamic clinics in Egypt: the cultural elaboration of biomedical hegemony", en *Med. Anthropol. Q.* 2(4):355. 1988.
- OWEN Lovejoy, C., "Comments to Ch. Leslie". en *SS&M* 31(8):909, 1990.
- PRESS, I.. "Levels of explanation and cautions for a critical clinical anthropology", en *SS&M* 30(9):1001, 1990.
- RUSHTON, J. Y A. Bogaert. "Populations differences in susceptibility to AIDS: an evolutionary analysis", en *SS&M* 28(12):1211, 1989.
- RUSHTON, J .. "Comments to Ch. Leslie", en *SS&M* 31(8):905, 1990.
- SCHEPER-Hughes, N. y M. Lock. "Speaking "truth to illness": metaphors. reification and a pedagogy for patients", en *Med. Anthropol. Q.* 15:137, 1986.
- SINGER, M. y H. BAER, "Towards an understanding of capitalist and socialist health", en *Med. Anthropol.* 11:97, 1989.
- SISKIND, J .. "In a 19th century factory". en *Med. Anthropol. Q.* 2(3):199, 1988.
- TOURAINÉ, A. *et al.* *Ciencias Sociales: Ideología y realidad nacional*. Edit. Tiempo Contemporáneo, Buenos Aires, 1971.